

La paz incierta: las negociaciones en el conflicto palestino-israelí entre 1987 y 2014.

Guido Rodolfo Turdera*

El presente artículo busca aportar herramientas analíticas e históricas para comprender las diferentes etapas del proceso de paz en el conflicto palestino-israelí. Para ello, se trazará el recorrido que han tenido las negociaciones entre ambas partes desde 1987 hasta 2014, enmarcándolo en los sucesos más relevantes para su entendimiento. Se tendrá en cuenta las contradicciones políticas al interior del movimiento palestino como también las disputas con el Estado de Israel. Finalmente, se indagará sobre las posibilidades reales de una convivencia pacífica entre palestinos e israelíes dadas las condiciones actuales del conflicto.

PALABRAS CLAVE: conflicto palestino-israelí – Autoridad Nacional Palestina – Hamás – acuerdos de Oslo – cumbre de Camp David

This article seeks to provide analytical and historical tools to understand the different periods of the peace process in the Israeli-Palestinian conflict. We will follow the track of the negotiations between the two sides since 1987 until 2014, considering the most important events for its understanding. Political contradictions within the Palestinian movement are taken into account as well as the disputes with the State of Israel. Finally, we will inquire about the real possibilities of peaceful coexistence between Israelis and Palestinians, given the current conditions of the conflict.

KEYWORDS: israeli-palestinian conflict – Palestinian National Authority – Hamas – Oslo accords - Camp David summit

La primera Intifada, la aparición pública de Hamás y el rol de la OLP

A fines del año 1987 estalló la primera Intifada. Se trataba del primer levantamiento popular de la población palestina en los territorios de la Franja de Gaza y Cisjordania, ocupados desde 1967 por el Estado de Israel. Si bien las movilizaciones tuvieron como desencadenante inmediato el atropello por parte de un vehículo militar israelí a cuatro palestinos en el campo de refugiados de Jibalyah en Gaza, hay que comprender estas revueltas en un contexto de ocupación que ya llevaba 20 años sin resolverse. Semejante evento tuvo una gran repercusión a nivel internacional, instalando por primera vez en los medios de comunicación la imagen de los palestinos como un pueblo pobre que luchaba sólo con piedras contra los poderosos tanques israelíes.

La Intifada produjo un quiebre en la historia de los Hermanos Musulmanes de Palestina, politizando su papel e introduciéndolo más activamente a la resistencia armada contra la ocupación de Israel. La Hermandad, creada en Egipto en 1928, se estableció en Gaza pocos años antes de la creación del Estado de Israel con un objetivo concreto: trabajar en la conversión religiosa de una gran parte de la población palestina que era cristiana o laica hacia las creencias del islam. Para aquellos años, su forma de inserción en Palestina no tenía tanto que ver con la lucha contra Israel y su avance territorial, sino que se reducía más bien a la acción de tipo social – como la creación de escuelas, hospitales o clubes sociales -. Sin embargo, si bien su planteo de que la lucha por la cuestión palestina debe librarse recién cuando se logre una reislamización total de la población árabe - pensamiento coherente con la ideología panarabista de mitad del siglo XX -, Travin (2006) señala cómo fue creciendo la influencia de sus ideas en los territorios

* Facultad de Ciencias Sociales – Universidad de Buenos Aires - Miembro - Investigador del Departamento de Medio Oriente del Instituto de Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de La Plata.

ocupados. Las mezquitas, donde la Hermandad se dedicaba a reclutar seguidores, se triplicaron entre 1967 y 1987 en Cisjordania y Gaza. Mediante su intervención en diferentes espacios sociales como centros islámicos, la Universidad Islámica de Gaza o asociaciones profesionales, este abanico de ideas comenzó a ganar preponderancia en la vida cotidiana de la sociedad palestina. Dicha forma de acción social es definida como *islamismo misionario* en tanto que “se preocupa por la corrupción de los valores islámicos y el debilitamiento de la fe, y da prioridad a una forma de rearme moral y espiritual; el poder político no se encuentra entre sus objetivos” (Travin, 2006: 221).

El quiebre histórico que produce la Intifada se expresará en el pasaje de este *islamismo misionario* -de carácter social y apolítico- a otro político -de acción y confrontación-. El surgimiento del Movimiento de Resistencia Islámico (Hamás) como un apéndice de la Hermandad queda más claro a la luz de los dichos del actual diputado palestino Ziad Abu Amr: “Los Hermanos Musulmanes pensaron que en el caso de que la Intifada fracasase, Hamás sería la culpable. Pero si persistía, los Hermanos Musulmanes podían decir que Hamás, como lo hicieron unos meses después, era en realidad una rama de la Hermandad Musulmana en Palestina” (1993; 68). En el artículo 2 de la Carta Fundacional de Hamás, publicada en febrero de 1988, se establece: “El Movimiento de Resistencia Islámica es uno de los brazos de la Hermandad Musulmana en Palestina”. El mismo “se caracteriza por (...) su adhesión completa a los conceptos islámicos de todos los aspectos de la vida, la cultura, el credo, la política, la economía, la educación, la sociedad, la justicia y el juicio, la difusión del islam, la educación, el arte, la información, la ciencia de lo oculto y la conversión al islam”.

Este proceso de politización del islamismo palestino que dio por resultado al movimiento Hamás, lo terminó por ubicar no sólo como un nuevo adversario para Israel, sino como un competidor para la histórica Organización para la Liberación de Palestina (OLP) -de ideología secular y nacionalista-, que venía detentando el liderazgo político en lo concerniente a la cuestión palestina.

Al conflicto existente entre israelíes y palestinos se le sumaba un nuevo actor político cuya caracterización del proceso complejizaba aún más el panorama. Mientras que Hamás se presentaba públicamente bajo un discurso más radicalizado, de no reconocimiento al Estado de Israel, de no aceptación del Plan de Partición de la ONU de 1949 y de una acción política violenta frente a la ocupación, el Consejo Nacional Palestino de la OLP comenzaba a matizar sus posicionamientos en el terreno diplomático: en noviembre de 1988, la OLP proclamó en Argel la creación del Estado independiente de Palestina y reconoció la existencia del

Estado de Israel, en concordancia con las resoluciones 338 y 242¹ del Consejo de Seguridad de la ONU. Resulta necesario recordar que luego de la invasión israelí al Líbano en 1982, la OLP abandonaría la estrategia armada para reemplazarla por negociaciones en el campo de la diplomacia internacional. En este sentido, Yasir Arafat rechazó el accionar terrorista ante la Asamblea General de la ONU, abriendo un primer diálogo con el gobierno de los Estados Unidos. El camino parecía allanarse para las negociaciones por la paz.

Acuerdo de Oslo: los primeros pasos.

Para poder entender cómo se llegó a los Acuerdos de Oslo entre la OLP y el Estado de Israel en 1993, el primer paso consiste en explicar la coyuntura política de la época. A nivel mundial, se produce la caída del muro de Berlín y los correspondientes cambios en la Unión Soviética, dando lugar al “nuevo orden internacional” que buscaba diseñar George Bush. Luego de la Guerra del Golfo (en la cual la OLP apoyó públicamente la invasión de Saddam Hussein a Kuwait), el presidente norteamericano propuso una solución negociada al conflicto árabe-israelí. Estados Unidos buscaba poner en marcha un proceso de paz en la región, intentando conciliar entre sus aliados árabes y europeos para fortalecer la posición económica y política de su gobierno en la zona. Si EE.UU. lograba darle una salida a este conflicto que llevaba varias décadas, dejaría por demostrado su poderío en la coyuntura mundial (Hernández, 1991). El resultado del conflicto en el Golfo presionaba a Israel para que acatase la iniciativa de paz, impulsada por EE.UU. y Europa. Respecto de la OLP, su adhesión a Hussein en el 90 no sólo le retiró el apoyo de Occidente sino que también afectó su relación con Arabia Saudita y otros países del Golfo Pérsico, quienes le prestaban ayuda financiera. Y si consideramos la caída de los países socialistas -que sostenían su causa en aquellas latitudes- junto a la continuación de los levantamientos de la Intifada, todo indicaba que la dirigencia palestina debía repensar nuevas modalidades de negociación para salir de la difícil situación en la que se hallaba.

La Conferencia de Paz en Madrid del año 1991 reuniría por primera vez en la mesa de negociaciones a palestinos e israelíes. La fracción palestina asistió como parte de la delegación jordana, al no estar reconocidos aún por Israel. En paralelo, la insurrección popular de la Intifada había tomado tal impulso que no se podía acabar con ella sólo por la fuerza. Así lo sostenía Dan Shomron, el Comandante en Jefe de las Fuerzas de Defensa de Israel en ese momento: “La Intifada no puede ser yugulada únicamente valiéndose de medios
1 La Res. 242 del CS insta a Israel a retirarse de los territorios que ocupó durante la guerra de 1967 y a que vuelva a la frontera reconocida internacionalmente en el armisticio de 1949, conocida como “Línea Verde”.

militares. Se la puede contender, se la puede minimizar, pero no se puede acabar con ella si no interviene una solución de carácter político” (Derogy y Carmel, 1989: 289).

En este marco, los Acuerdos de Oslo entre Israel y la OLP se constituyeron como el primer paso en las negociaciones para resolver el conflicto entre ambas partes. Se trataron de ocho acuerdos firmados entre el Primer Ministro Isaac Rabin y Yasir Arafat, de 1993 y 1999. A través de la Declaración de Principios del 13 de septiembre de 1993, se estableció la fundación de la Autoridad Nacional de Palestina (ANP). La misma se dedicaría a gobernar los territorios de la franja de Gaza y Cisjordania a lo largo de cinco años, durante los cuales continuarían las negociaciones para lograr un acuerdo final sobre la creación de un Estado palestino.

Este primer reconocimiento entre ambas partes fue rechazado en su momento por Hamás, en línea con su postura de no negociación con Israel. Su caracterización de los acuerdos como un intento de reprimir el levantamiento genuinamente democrático de la Intifada se complementaba con la disposición de los dirigentes nacionalistas de la OLP a negociar con el Estado de Israel, descrita por Edward Said de la siguiente manera: “Bajo Arafat, la política palestina se ha desplazado de la periferia al centro de un consenso internacional sobre la coexistencia con Israel, así como sobre la existencia del Estado y la autodeterminación” (Said, 2014: 18). Las primeras elecciones de la ANP tuvieron lugar en 1996, donde el partido de Al-Fatah se consagró con la mayoría parlamentaria. Hamás optó por boicotear los comicios, bajo el discurso de que no era posible realizar elecciones libres bajo ocupación extranjera y como resultado de unas negociaciones de paz ilegítimas. No obstante, en ese entonces la postura del movimiento islámico no encontró eco entre la población y las elecciones gozaron de un alto porcentaje de concurrentes (Brieger, 2010).

Con la firma de los acuerdos, Al-Fatah ganó un importante apoyo de la población palestina, producto de la esperanza que traía la posibilidad de paz. Al mismo tiempo, el soporte popular a la línea dura de Hamás disminuyó. Si bien esta relación no es exacta, la adhesión popular palestina oscila hacia una organización o hacia la otra según las posibilidades que existan para la paz en un momento determinado. Esto es, mientras el proceso de paz avanza, el apoyo palestino oscilará hacia las fracciones más moderadas, como Al-Fatah inmediatamente después de Oslo. Pero si esta misma posibilidad se percibe cada vez como más alejada, el apoyo se volcará hacia fracciones más radicales que le puedan hacer frente a la agresión externa, como Hamás en los años posteriores.

Ahora bien, a fines de los años 90, la imagen pública de la ANP comenzó a decaer por diversos motivos: el avance que se había dado en lo diplomático con los Acuerdos de Oslo no

había logrado plasmarse en mejorías económicas concretas para la población palestina, sus dirigentes se encontraban envueltos en escándalos de corrupción y de enriquecimiento ilícito y pasados ya varios años de su fundación no habían logrado conseguir un Estado palestino. A medida que pasaban los años tras los acuerdos, el número de asentamientos israelíes se duplicaba y, con él, el porcentaje de tierras de las que Israel se apropiaba (Reinhart, 2003). Por lo demás, el asesinato de Rabin por un militante religioso de la extrema derecha judía y el acceso al poder del Likud en 1996 con la victoria de Benjamín Netanyahu contribuyeron a enterrar el proceso. El incremento de los ataques suicidas de Hamás en esta época -que contaron numerosas muertes civiles en Israel- se correspondió con este aumento de la frustración respecto del proceso de paz, junto a la imposibilidad de hacerle frente en el plano militar al Estado de Israel.

Con la vuelta del Partido Laborista al gobierno israelí en 1999, Ehud Barak propuso retomar las negociaciones con la OLP. A tales fines, en julio del año siguiente comenzó la Cumbre de Camp David con el gobierno de los Estados Unidos como mediador, buscando nuevamente alcanzar un acuerdo entre ambas partes.

Ladécadadel2000:desdeCampDavidalanueva estrategia de Hamás

Desde la narrativa israelí —acompañada por Estados Unidos y los medios de comunicación occidentales—, Barak había ofrecido allí una serie de concesiones inimaginables hasta entonces: la devolución del 90% de territorios ocupados en Cisjordania y la franja de Gaza y la división de Jerusalén, con una parte de ella como capital del futuro Estado palestino. Según esta misma versión, la parte palestina rechazó la generosa propuesta, perdiendo una oportunidad histórica para resolver el conflicto y negando así la convivencia pacífica con el Estado de Israel. Esta narración de los hechos abonó el discurso de que en Camp David se encontraron dos bandos equiparados, al sostener que ambos debían realizar idénticos sacrificios que, al final, los palestinos no estaban dispuestos a efectuar (Reinhart, 2003).

El amplio retiro de Cisjordania y la franja de Gaza propuesto por Barak a Arafat no terminaba por dismantelar los asentamientos israelíes ni permitía el retorno de los refugiados palestinos. Más aún, segmentaba el territorio disputado a tal punto que la creación de un Estado allí resultaba una tarea inverosímil. Tal como lo explica Ben Ami, quien integró el equipo negociador de Barak, Arafat “no había tenido otra opción que rechazar el ridículo mapa de enclaves y bantustanes que le presentó la conspiración americano-israelí” (2006: 299), donde se distinguía un “corredor seguro” que unía Gaza



con Cisjordania. En lo referente a Jerusalén, se le otorgaba el control de algunos barrios del este de la ciudad y se proponía al pueblo de Abu Dis, en las afueras, como la capital. Pero tanto Jerusalén como el Monte del Templo se erigían como cuestiones centrales en la historia del nacionalismo palestino. La “tutela soberana” palestina así como la reclamación judía de una soberanía en pleno Monte del Templo era inconcebible para el dirigente de la OLP.

El fracaso de los acuerdos de paz de Oslo y de Camp David provocó un nuevo estallido por parte de la población palestina contra la ocupación. Se trató de la Segunda Intifada o la Intifada de Al-Aqsa. El 28 de septiembre del año 2000, el principal dirigente de la derecha israelí Ariel Sharon visitó la Ciudad Vieja de Jerusalén, muy cerca de la mezquita de Al-Aqsa, de las más importantes para la fe islámica. Si bien esta visita fue considerada como una provocación por parte de los palestinos -la figura de Sharon está asociada a la masacre de Sabra y Shatila en Líbano-, hay que comprender la explosión de la Intifada de Al-Aqsa en el contexto regional. En junio de ese mismo año, se produjo la retirada israelí del Líbano después de 18 años de ocupación, como resultado de la lucha armada del movimiento islamista chiíta Hezbolá. Semejante suceso permitía pensar a la dirigencia de la OLP que era posible derrotar al Estado de Israel a través del uso de la violencia. Por otro lado, la Intifada

también significaba una oportunidad para la OLP de restablecer su posición internacional como representante de la causa palestina. Pero al mismo tiempo, dificultaba aún más la salida de un acuerdo negociado, dado que elevaba las demandas de la población palestina por encima de lo que la parte israelí se encontraba dispuesta a tratar. Si desde la OLP la primera Intifada fue percibida, en algún punto, como una amenaza para su supremacía política —a causa del levantamiento de las bases y la aparición pública de Hamás como fracción que buscaba disputarle la hegemonía de la causa y agenda palestinas-, la Intifada de Al-Aqsa podría funcionar esta vez como un salvavidas para la ANP en un momento crítico, al no conseguir un acuerdo sobre la creación de un Estado palestino - que era su misma razón de ser.

En este período donde la crisis de la ANP se agudizaba, Hamás logró acumular poder político, militar y popular. La Intifada de Al-Aqsa no implicó solamente la crisis más violenta entre la ANP e Israel en los años post-Oslo, sino que también colaboró a la consolidación del movimiento islámico, producto del debilitamiento de su rival palestino. El hecho de que el oficialismo palestino se haya involucrado desde un principio en la Intifada de Al-Aqsa daba la razón al planteo de Hamás de “resistir por todos los medios” contra Israel. Pero implicaba asimismo un desafío a su conducción, amenazando

la táctica que venía llevando a cabo desde su surgimiento, esto es: intervenir luego de las crisis provocadas por el fracaso de las estrategias de la OLP (Hroub, 2003). Hamás no sólo se opuso a las negociaciones de Camp David sino también a las conversaciones de Taba en enero de 2001.

Durante 2002 y 2003, el gobierno de Egipto coordinó conversaciones entre Al-Fatah y Hamás con el fin de declarar un cese de las acciones militares palestinas. Por el otro lado, también exigió al Estado de Israel que interrumpiese su política de asesinatos a los líderes de Hamás. Pero tales iniciativas también fracasaron: ni Israel tuvo en cuenta las peticiones de El Cairo ni Hamás abandonó sus ataques. El movimiento islámico sostenía que este tipo de acciones eran la única manera de presionar a los israelíes para que abandonasen sus medidas. En efecto, el apoyo popular y la acumulación de poder político que Hamás se encontraba cosechando en este contexto le permitía resistir las presiones regionales y egipcias, consolidando su liderazgo en la causa palestina aún más.

En contraposición, bajo el argumento de frenar los ataques suicidas de Hamás, el gobierno israelí comenzó en junio de 2002 la construcción de un muro que funcionaría como una “valla de seguridad” para separar a las poblaciones palestinas de las israelíes. Aunque efectivamente la cantidad de ataques disminuyó, el muro no se edificó sobre la Línea Verde del armisticio de 1949 sino que ingresó en territorios palestinos, lo que generó el anexo de facto de tierras cultivables y fuentes de agua. De esta manera, el aislamiento de barrios enteros terminó por afectar aún más la economía palestina y la movilidad de sus habitantes.

Dada esta coyuntura, Hamás comenzó a modificar su táctica de inserción política, integrándose a la legalidad política y presentándose por primera vez en unas elecciones nacionales para el Consejo Legislativo Palestino en enero de 2006. Bajo la campaña de “Garantizar la reforma, evitar la malversación de fondos públicos y luchar contra la corrupción”—dirigida contra Al-Fatah— presentó su fórmula electoral Cambio y Reforma. Tal giro estratégico demuestra que no se debe entender a Hamás como un movimiento monolítico. Luego de la campaña de “asesinatos selectivos” del ejército israelí (en la cual fueron asesinados el fundador Ahmed Yasín y su sucesor AbdelAzizar-Rantisi, ambos en el 2004), una parte del movimiento entendió que el campo de la política institucional era un espacio válido para disputar poder. Algunos puntos de vista consideran que su Carta Fundacional quedó obsoleta para esta época, ya que “la cuestión democrática era, en el momento de la fundación del movimiento, una cuestión menos apremiante que la acción social y la resistencia” (Álvarez-Ossorio, 2010: 48).

La participación en el sistema electoral palestino acarreo fracturas dentro de Hamás. La escisión se dio entre la línea que creía que la resistencia armada debía continuar siendo la

estrategia política del movimiento (corriente encarnada por Mahmoud Zahar, ministro de Asuntos Exteriores) y la otra visión que sostenía formas más moderadas (representados por Ismail Haniyeh), las cuales podían hasta aceptar una *hudna* o tregua a largo plazo con Israel.

“ Las elecciones más abiertas del mundo árabe y musulmán se vieron impugnadas por el “divide y vencerás” de las potencias occidentales, cuya estrategia gravitó -como lo fue históricamente- en el desmantelamiento de una posible unión entre distintas facciones gubernamentales nacionales y su enfrentamiento mutuo.”

De este modo, y tras el fallecimiento del histórico dirigente de la OLP Yasir Arafat en 2004, se produce la victoria de Hamás sobre Al-Fatah en las elecciones. Este triunfo, sostienen algunas posturas, “tuvo más que ver con el voto castigo contra Al-Fatah que con una plena reislamización de la sociedad palestina” (Álvarez-Ossorio, 2010: 47). Asimismo, hay que recordar que en diciembre de 2003 Ariel Sharon presentó el “Plan de Desconexión” unilateral de nueve mil colonos de la franja de Gaza —aunque manteniendo el control del espacio aéreo, las aguas territoriales y la movilidad—, erosionando aún más la legitimidad de la ANP. Desde el movimiento islámico, se atribuyó la retirada del ejército israelí al éxito de su resistencia por la vía armada. Hamás ganó la mayoría parlamentaria con 76 de 132 bancas, en contraste con los 43 escaños de Al-Fatah. La estrategia discursiva de línea dura de Hamás había llegado a buen puerto, desplazando la vía negociadora de Al-Fatah que no lograba mejorar la situación de los palestinos. Así lo sostiene también el catedrático Gershon Baskin, cuando describe qué tendrán en cuenta los palestinos al momento de votar: “Mirarán principalmente las ocasiones de conseguir una paz verdadera con Israel. Si determinan estas ocasiones como buenas, votarán probablemente por candidatos más moderados. Si creen que las ocasiones son pobres, ellos desearán votar por los candidatos más extremos, emparejar lo que perciben como extremismo israelí” (Baskin, 2005). Por ejemplo, en Calquelia, una de las ciudades más afectadas por el muro al estar cercada casi en su totalidad, Hamás obtuvo la mayoría absoluta en las elecciones municipales (Brieger, 2010).

Esta victoria electoral de los islamistas determinó la realización de un co-gobierno dentro de la ANP, tarea difícil de llevar a cabo al tratarse de dos facciones que se hallaban históricamente rivalizadas. Las complicaciones no provenían sólo del interior del movimiento palestino, ya que el triunfo de Hamás trajo nuevamente la intervención de Occidente para negar los comicios democráticos. De esta manera, las elecciones más abiertas del mundo árabe y musulmán se vieron impugnadas por el “divide y vencerás” de las potencias occidentales, cuya estrategia gravitó -como lo fue históricamente- en el desmantelamiento de una posible unión entre distintas facciones gubernamentales nacionales y su enfrentamiento mutuo.

La paz incierta

El proceso de las negociaciones para alcanzar la paz entre palestinos e israelíes atravesó diferentes momentos a lo largo de las últimas décadas. En el juego político, se fueron sumando diferentes actores que caracterizaban al proceso de manera particular y que desplegaban nuevas estrategias para conseguir sus objetivos y apoyo popular. Las disputas entre la OLP y Hamás como direcciones del movimiento palestino fueron variando según la coyuntura regional y local. No es lo mismo entender la táctica de estas organizaciones a comienzos de la década del noventa con las primeras negociaciones en Oslo que a mediados del nuevo siglo, donde la imagen de la ANP se encuentra más desfavorecida y Hamás sale victorioso de unas elecciones históricas.

Si para Al-Fatah la liberación de Palestina era un fin en sí mismo, para Hamás constituía un medio que conduciría a un objetivo mayor: la restauración de la *Umma* (Travin, 2006). Tal como afirma Stuart Reigeluth, el apoyo popular que Hamás logró a lo largo de estos años “se ha nutrido de la resistencia a la violencia israelí y de la voluntad para terminar de manera efectiva con la ocupación militar de partes de su territorio” (2011: 149). La caracterización del enfrentamiento con Israel por parte de Hamás osciló siempre entre dos discursos, según lo que conviniese en determinada coyuntura política. El primero es de carácter histórico, al plantear que se debe liberar todo el territorio de la Palestina histórica —lo que implica la destrucción del Estado de Israel—. Este discurso se enuncia en los momentos más críticos del proceso de paz, en los cuales Hamás goza de mayor libertad para actuar y radicalizar su acción. El segundo es de tipo pragmático y más conciliador, desarrollándose cuando las conversaciones de paz son prometedoras para la población. Lo último que desea Hamás “es ser considerado por los palestinos como una fuerza poco realista (...), sin ninguna solución concreta” (Hroub, 2003: 147).

Durante la operación Margen Protector del ejército de Israel en territorio gazatí a mediados del 2014, el periodista Noam Sheizaf de *972mag* se preguntaba en un artículo²: ¿Por qué los palestinos continúan apoyando a Hamás, considerando los efectos devastadores que están sufriendo? Sheizaf sostiene allí que, frente a la promesa israelí de que supuestamente el fin de la guerra traería la paz—la experiencia demuestra lo contrario: ni los años de menor conflictividad en Cisjordania acercó a los palestinos un Estado independiente ni tampoco alivió el bloqueo en la franja de Gaza—, Hamás sostiene una simple verdad: la libertad viene a costa de sangre. En los noventa, los Acuerdos de Oslo se sucedieron luego de la primer Intifada. Y en el nuevo siglo, la retirada de los colonos de Gaza vino luego de la Intifada de Al-Aqsa y no a través de las negociaciones. Aunque tal vez la población palestina no apoye necesariamente la doctrina religiosa que enuncia Hamás, su acción ofrece —hace ya varios años— una alternativa a la deteriorada ANP. Recordemos que ni las iniciativas de la Cumbre de Annapolis en 2007 ni las negociaciones de diciembre de 2010 entre Abbas —al frente de la ANP desde la muerte de Arafat— y Netanyahu, con la mediación de Barack Obama, lograron prosperar en el diálogo.

Por lo explicado arriba, se vuelve difícil pensar un proceso de paz viable en el cual Hamás esté ausente. El poder que ha adquirido a partir de la erosión del liderazgo de la ANP como representante de la causa palestina obliga tanto a ésta como a Israel a tenerlo en cuenta como un actor relevante. Sin embargo, también funciona como excusa al gobierno israelí para sostener que “no hay con quién negociar”, al seguir considerando a Hamás como una organización terrorista. Así sucedió en abril del 2014, cuando Hamás y Al-Fatah anunciaron públicamente la formación de un gobierno de unidad nacional en Gaza³, la respuesta de Netanyahu fue: “Abbas debe elegir. ¿Quiere reconciliarse con Hamás o la paz con Israel? Sólo una es posible; no ambas.”⁴

Resultante interesante que luego de la última avanzada militar israelí en la franja, el Tribunal de Justicia de la Unión Europea dispuso la revisión de la definición de Hamás como parte de la lista de grupos terroristas de la UE⁵. Por otro lado,

2 Sheizaf, N. (2014, 22 de julio). Why do Palestinians continue to support Hamas despite such devastating losses? En *972mag.com*. Consultado el 4 de febrero de 2015. Disponible en: <http://972mag.com/why-do-palestinians-continue-to-support-hamas-despite-such-devastating-losses/94080/>

3 France 24 (2014, 23 de abril). Fatah, Hamas agree to form Palestinian unity government. En *France 24*. Consultado el 26 de enero de 2015. Disponible en: <http://www.france24.com/en/20140423-fatah-hamas-agree-palestinian-unity-government/>

4 Keinon, H. (2014, 23 de abril). Netanyahu: Abbas must choose, peace with Israel or reconciliation with Hamas. En *The Jerusalem Post*. Consultado el 9 de febrero de 2015. Disponible en: <http://www.jpost.com/Diplomacy-and-Politics/Netanyahu-Abbas-must-choose-peace-with-Israel-or-reconciliation-with-Hamas-350159>

5 Abellán, L. (2014, 17 de diciembre). La justicia europea anula la definición de Hamás como grupo terrorista. En *El País*. Consultado el

diferentes sucesos recientes presionan a nivel internacional al Estado de Israel para sentarse a negociar con la parte palestina. Entre ellos, el reconocimiento de Palestina como Estado observador no miembro en la Asamblea General de la ONU en 2012 bajo la Resolución 67/19 –que, aunque no crea el Estado palestino renueva internacionalmente la legitimidad de su causa- o su adhesión a la Corte Penal Internacional en enero de 2015 para investigar crímenes de guerra por parte de Israel en los territorios ocupados.

Todos estos factores entran en juego a la hora de entender el proceso de las negociaciones de paz en cada momento histórico determinado. Aunque no resulte sencillo enunciar cómo continuarán moviéndose las fichas de aquí en adelante, sí podemos aproximar que muchos de los motivos del fracaso de los acuerdos en el pasado parecen replicarse en el presente. Por un lado, los históricos conflictos internos palestinos⁶ tienden a minar la solidaridad internacional con su causa, reduciendo la presión sobre Israel. Esta división entre las organizaciones palestinas terminó generalmente por encerrarlos en una política de suma cero, donde el éxito de una facción implicaba el fracaso de la otra⁷. De la misma forma, tanto la persistencia de la ocupación en los territorios ocupados desde 1967 como las incursiones del ejército israelí a la franja de Gaza durante los últimos años hacen más difícil todavía pensar que el proceso de paz pueda reencauzarse en el corto plazo ●

Bibliografía

Abu Amr, Z (1993). Hamas: a historical and political background, *Journal of Palestine Studies*, Vol. 22, N° 4, Universidad de California, EEUU.

Álvarez-Ossorio, I (2010). *¿Es todavía viable un Estado palestino? Trabas y alternativas al proceso de paz*. España: Fundación Alternativas.

Baskin, G (2005). Hamas came to the Palestinian public with ‘clean hands’, Israel/ Palestine Center for Research and Information, *The Jerusalem Report*, Jerusalén, Israel.

Ben Ami, S (2006). *Cicatrices de guerra, heridas de paz*. Barcelona: Ediciones B.

6 de febrero de 2015. Disponible en: http://internacional.elpais.com/internacional/2014/12/17/actualidad/1418809308_848116.html

6 Aún luego de la declaración del gobierno de unidad nacional en abril de 2014, las disputas entre Hamás y Al-Fatah persisten. Los debates en torno a la reconstrucción de Gaza o la conmemoración de los diez años de fallecimiento de Arafat son un ejemplo de ello. Véase el Informe Coyuntural de Medio Oriente Septiembre-Noviembre 2014 del Depto. de Medio Oriente del IRI-UNLP. Consultado el 5 de febrero. Disponible en: http://www.iri.edu.ar/images/Documentos/departamentos/mediooriente/informe_septiembre.pdf

7 Bishara, M. (2007, noviembre). Doble derrota de Al Fatah y Hamás. En *Le Monde Diplomatique*, Edición Cono Sur, n°101, pp. 24 y 25.

Brieger, P (2010): *El conflicto palestino-israelí: 100 preguntas y respuestas*. Buenos Aires: Ed. Capital Intelectual.

Brieger, P. (2014, diciembre). El peso de las palabras. En *Le Monde Diplomatique*, Edición Cono Sur, n°186, p. 3.

Derogy, J y Carmel, H (1989). *Israel ultrasecreto*. Barcelona: Planeta.

Hernández, D (1991). Israel y Palestina en el Nuevo orden regional, *Revista de África y Medio Oriente*, Vol. 8, N°2, La Habana, Cuba.

Hroub, K (2003). Hamas y la Intifada: la supervivencia gracias a la agudización de la crisis, en AAVV, *Informe sobre el conflicto de Palestina. De los acuerdos de Oslo a la Hoja de Ruta*. Madrid: Editorial del Oriente.

Informe Coyuntural de Medio Oriente (Septiembre-Noviembre 2014) del Departamento de Medio Oriente del Instituto de Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de La Plata en http://www.iri.edu.ar/images/Documentos/departamentos/mediooriente/informe_septiembre.pdf

Reinhart, T (2003). *Los acuerdos de Camp David, realidad y mito en Israel-Palestina: cómo acabar con el conflicto*. Barcelona: RBA.

Said, E (2014). *La cuestión palestina*. México DF: Penguin Random House Grupo Editorial.

Travin, J (2006). La división de los palestinos: nacionalismo laico versus nacionalismo islamista en *Revista CIDOB d’Afers Internacionals*, N° 76, p. 219-240, Barcelona, España.